Globethics Repository



Moscú mira hacia América Latina [Moscow look to Latin America]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Boersner, Adriana;Haluani, Makram
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-12 11:08:02
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/217451

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 236, noviembre-diciembre de 2011, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.

Moscú mira hacia América Latina

Estado de situación de la alianza ruso-venezolana

Adriana Boersner / Makram Haluani

La política de renacimiento de Rusia como una potencia global tiene sus efectos en América Latina, y el acercamiento entre Moscú y Caracas forma parte de una estrategia de mayor alcance de la ex-potencia comunista hacia el continente. Aunque las crecientes ventas de armas de Rusia al gobierno de Hugo Chávez tienen objetivos principalmente económicos, este artículo sostiene que el Kremlin utiliza la alianza ruso-venezolana como un instrumento para balancear las relaciones con la Casa Blanca y como un mecanismo de presión y de negociación con Estados Unidos, en el contexto de un debilitamiento de la presencia norteamericana en su «patio trasero».

El análisis de la política exterior de la Federación de Rusia reviste una gran importancia para las relaciones internacionales actuales, debido a la influencia significativa que ejerce sobre la conformación del sistema de seguridad europeo y global, el resurgimiento del Estado luego de la disolución de la Unión Soviética y, finalmente, su rol más activo en el contexto latinoamericano en virtud de acuerdos comerciales y alianzas cada vez más intensas con países como Venezuela y Brasil.

En el siglo xxi, Rusia reimpulsó sus relaciones con América Latina e inició un activismo inusitado en la región, lo cual quedó patentado en julio de 2008 cuando el presidente ruso, Dmitri Medvédev, definió los conceptos fundamentales de la política exterior rusa. Rusia tratará desde ese momento de establecer una asociación estratégica con Brasil; ampliar su cooperación política y económica con Argentina, México, Cuba, Venezuela y otros países latinoamericanos y del Caribe y sus asociaciones;

Adriana Boersner: es profesora agregada de la Universidad Metropolitana de Caracas en el área de Relaciones Internacionales. Cofundó la organización Diploos, Política Exterior Venezolana. Correo electrónico: <aboersner@unimet.edu.ve>.
Makram Haluani: doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Münster. Es profesor titular de la Universidad Simón Bolívar (Caracas) y fue director del Instituto de Altos Estudios de América Latina de esa universidad entre 2007 y 2009. Correo electrónico: <mhaluani@usb.ve>.
Palabras claves: política exterior rusa, petróleo, Hugo Chávez, Rusia, Venezuela, Estados Unidos.

mejorar su interacción con estos Estados en las organizaciones internacionales; favorecer las exportaciones rusas a los países de América Latina e implementar de manera conjunta proyectos de energía, infraestructura y alta tecnología, entre otros, de conformidad con los planes elaborados por las asociaciones de integración regional[1].

En este artículo nos concentraremos en las variables estructurales y las implicaciones hemisféricas de la alianza ruso-venezolana entre 1999 y la actualidad. Para ello, se estudia en primer término la presencia rusa en América Latina, haciendo especial énfasis en los aliados latinoamericanos y en los objetivos de esta representación en plena Guerra Fría y la reformulación de la política exterior tras la disolución de la Unión Soviética. Luego, se detallan las convergencias y divergencias en las relaciones bilaterales entre Venezuela y la Federación de Rusia, y las implicaciones hemisféricas que tiene la profundización de las relaciones bilaterales a partir de 1999. Los cambios en la gestión exterior del Kremlin y el reordenamiento que posteriormente se dará bajo los dos gobiernos de Vladimir Putin y el de Medvédev, frente a una América Latina menos alineada con Estados Unidos, alentarán la búsqueda de nuevos objetivos y alianzas entre la Federación de Rusia y la región.

El auge de las relaciones Rusia-Venezuela a partir de 1999

Luego de la llegada de Putin al poder en 2000, América Latina comenzó a ocupar un lugar cada vez más destacado en las prioridades de la política exterior del Kremlin. Entre los países latinoamericanos que despiertan un mayor interés en la Cancillería rusa se encuentran Brasil, Chile, Venezuela, Argentina y México. Durante los últimos años se han mantenido intercambios políticos intensos y permanentes al máximo nivel con los países de la región; sin embargo, las relaciones comerciales y económicas siguen desarrollándose en niveles modestos. A partir de 2000, la política comercial no sufrirá grandes variaciones en comparación con el periodo 1996-1999.

En los últimos años se ha presentado una considerable interacción entre cuadros gubernamentales, que se ve reflejada en la renovación, actualización o creación de acuerdos y convenios en todas las áreas de la cooperación: se han suscripto 150 documentos conjuntos en el nivel bilateral en los últimos diez años; Rusia firmó nuevos tratados marco con 15 países sobre las bases y los principios de la relación bilateral; con 16

1. Gabriel Santos: «Rusia en América Latina», spe-iss-06-10, Centro de Documentación, Información y Análisis, Dirección de Servicios de Investigación y Análisis, lxi Legislatura, Cámara de Diputados, México, marzo de 2010, p. 3, disponible en <www.diputados.gob.mx/cedia/sia/spe/spe-iss-06-10.pdf>, fecha de consulta: 28/7/2011.

países, para actividades de promoción comercial y económica; con 15 países, para la cooperación cultural; con 11 países, para la cooperación científica y tecnológica; con 10 países, para el combate contra el narcotráfico, y con tres países de la región latinoamericana y caribeña, para el fomento y la protección de inversiones y cooperación en el espacio ultraterrestre[2].

Venezuela ocupó un lugar central en esta estrategia. Para el año 2010, las relaciones entre Caracas y Moscú se caracterizaban por una profunda colaboración estratégica en una variedad de sectores:

a) Armas: los acuerdos en materia militar ascendían en 2009 a alrededor de US$ 4.400 millones en contratos de compraventa de armamento, a lo que se suman créditos de hasta US$ 2.200 millones. Ya para 2005, Venezuela había ordenado 100.000 fusiles tipo Kalashnikov, 40 helicópteros de tipo Mi-24 y aviones de combate MiG 29 y Sukhoi 35. Al año siguiente, ante la restricción de ventas de armas estadounidenses al país sudamericano, Rusia se convirtió en su principal proveedor de instrumentos y equipos militares, lo que, a su vez, sirvió de argumento a EEUU para proveer de material bélico al gobierno de Colombia[3].

b) Petróleo: la extracción y el refinado de petróleo son parte de los convenios que se han firmado entre la estatal petrolera venezolana, Petróleos de Venezuela (PDVSA) y el Consorcio Nacional Petrolero de Rusia (Gazprom y LUKoil). Los acuerdos se centran principalmente en el Bloque Junín 6, que cuenta con reservas estimadas en unos 10.000 millones de barriles de petróleo, además de otros yacimientos en la Faja del Orinoco. En el proyecto, PDVSA tendrá 60% y los rusos el 40% restante, con una inversión de unos 80 millones de dólares[4].

c) Energía: en 2010, Venezuela firmó convenios con Rusia para la especialización de profesionales en las esferas de medicina y energía nuclear. La colaboración se extendió a partir del mismo año a acuerdos en el ámbito del uso pacífico de la energía atómica y la exploración del espacio.

d) Comercio: el comercio bilateral en 2010 fue de US$ 165 millones (ocho millones de exportaciones venezolanas y 157 millones de importaciones desde Rusia), según estimaciones de la embajada de la Federación de Rusia en Caracas. Esto, sumado a la treintena

2. Datos proporcionados por el Departamento Latinoamericano de la Cancillería rusa. Álvaro García Gutiérrez: «Nuevas tendencias de la política exterior de Rusia. Perspectivas para América Latina» en *Relaciones Internacionales* Nº 47, 2009, pp. 101-117, disponible en <www.afese.com/img/revistas/revista47/tendenciarusa.pdf>, fecha de consulta: 28/5/2011.

3. G. Santos: «La nueva política exterior rusa», SPE-ISS-04-10, Centro de Documentación, Información y Análisis, Dirección de Servicios de Investigación y Análisis, LXI Legislatura, Cámara de Diputados, México, DF, 2010, disponible en <www.diputados.gob.mx/cedia/sia/spe/SPE-ISS-04-10.pdf, fecha de consulta: 28/7/2011.

4. Reuters: «Relación de Venezuela con Rusia: armas, energía, política» en *Infolatam*, 4/3/2010, <www.infolatam.com/2010/04/04/relacion-de-venezuela-con-rusia-armas-energia-politica/>, fecha de consulta: 30/6/2011.

de acuerdos firmados durante la visita de Putin a Venezuela en abril de ese mismo año, que incluyen desde explotación de campos petroleros en la Faja del Orinoco hasta el sector de la industria automotriz, supone un comercio fluido que va más allá de la compra de armas rusas, teniendo en cuenta mercancías como equipos, fertilizantes, producción de artes gráficas, laminado de acero no aleado, bloques de metal, equipos para la fabricación de papel, aparatos de control automático, etc.[5] Los reiterados encuentros y declaraciones conjuntas, como el Plan de Acción para ampliar las relaciones de cooperación ruso-venezolana para el periodo 2010-2014 o la Declaración Conjunta de los Cancilleres y el Plan de Consultas entre las Cancillerías de ambos países para los años 2011-2014, constituyen compromisos que aceleran no solo las reuniones de la Comisión Intergubernamental Ruso-Venezolana de Alto Nivel, sino también el seguimiento de acuerdos firmados en el área bancaria, como las operaciones del Banco Binacional Ruso-Venezolano, el Consorcio Petrolero Nacional Ruso, la cooperación técnico-militar ruso-venezolana, entre otros. En el año 2011 se han ampliado las exportaciones venezolanas al mercado ruso en rubros como el ganadero, que aumentó 30%, y las exportaciones rusas al mercado venezolano en áreas como la automotriz. Para el mes de julio de este año, la Superintendencia de Bancos y Seguros (Sudeban) otorgó al Banco Ruso-Venezolano el permiso para abrir en Caracas su oficina de representación.

Rusia y Venezuela: convergencias

Para dos países histórica y geográficamente poco relacionados y con escasos lazos previos, el alcance de las actuales relaciones bilaterales es definitivamente intrigante. Además, hay que señalar que los puntos de convergencia entre las actuales políticas exteriores rusa y venezolana no comienzan en sus respectivas cancillerías, sino más bien en el epicentro de su respectivo poder político interno. Ambos sistemas de gobierno se distinguen por ser «democracias dirigidas» y por un alto grado de autoritarismo y preeminencia del Poder Ejecutivo sobre el Parlamento y el Poder Judicial[6]. Ambos apuntan,

5. Armando Avellaneda: «Entrevista al Embajador de Rusia en Venezuela, Vladimir Zaemskiy», 2011, <www.venezuela.mid.ru/int_e_05.html>, fecha de consulta: 5/11/2011.

6. Rodrigo Bugueño Droguett y Raúl Placencia Rodríguez: «Hugo Chávez y Vladimir Putin: hidrocarburos, regímenes autoritarios y diplomacia energética» en *Lateinamerika Analysen* Nº 1/2008, pp. 155-159; Javier Corrales: «Using Social Power to Balance Soft Power: Venezuela's Foreign Policy» en *The Washington Quarterly* vol. 32 Nº 4, 2009, p. 103; Carlos A. Romero: «La política exterior de la Venezuela bolivariana», documento de trabajo Nº 4, *Plataforma Democrática*, julio de 2010, p. 2, disponible en <www.plataformademocratica.org/Arquivos/La%20politica%20exterior%20de%20la%20Venezuela%20bolivariana.pdf>, fecha de consulta: 24/11/2010; y Olga Oliker, Keith Crane, Lowell H. Schwartz y Catherine Yusupov: *Russian Foreign Policy: Sources and Implications*, RAND Publishing, 2009, pp. 9-10, disponible en <www.rand.org/pubs/monographs/2009/RAND_MG768.pdf>.

desde posiciones de fuerza desiguales, a debilitar y hasta a neutralizar la influencia de cualquier potencia que ambicione encaminar una postura hegemónica, ya sea regional o mundial; aspiran a fortalecer su propia posición geopolítica tanto en el contexto regional como en el global; y pretenden redibujar el «mapa del poder mundial» y así redistribuir el poder geopolítico mundial en detrimento de la influencia anglosajona, occidental-transatlántica global. Además, tanto el liderazgo político ruso como el venezolano son altamente ambiciosos en sus planes para sus respectivas regiones, específicamente en aras de agrandar y reforzar el propio poder nacional.

Desde la perspectiva rusa, en especial desde la óptica de sus elites políticas e intelectuales, Rusia es la heredera geopolítica natural y legítima de la grandeza de la URSS en todo aspecto y en todo nivel[7]. Para retomar, consolidar y engrandecer este estatus de superpotencia, la Rusia del siglo XXI pretende recuperar, reforzar y perpetuar su influencia no solamente en su tradicional «Extranjero Cercano», sino más allá de esa masa geopolítica euroasiática, y establecer su «Extranjero Lejano» en cualquier región del planeta que resulte beneficiosa para su seguridad nacional y su desarrollo socioeconómico y tecnoindustrial.

Así, detrás de la ambición de expandir la propia esfera de influencia geopolítica, sea o no a costa de la influencia de otras potencias, tanto Rusia como Venezuela se asemejan en el uso de sus recursos energéticos para fines políticos. De esta forma, es posible visualizar cómo Rusia ha aplicado sus abundantes fuentes de gas natural para renegociar favorablemente sus contratos gasíferos con Ucrania, Belarús y la Unión Europea[8]. El aspecto más convergente en las relaciones ruso-venezolanas es la relativamente alta coincidencia en sus puntos de vista ideológicos respecto a la búsqueda del propio engrandecimiento geopolítico. En este sentido, cada uno se sirve de las ambiciones del otro. Razonando que EEUU se entromete en su «Extranjero Cercano» al proveerle armas a Georgia, Rusia accede a vender armas a Venezuela, en el «patio trasero» latinoamericano. Siguiendo el mismo razonamiento, la presencia de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en el Mar Negro y la de EEUU en Manas, Kirguistán,

7. Andrei Shleifer y Daniel Treisman: «Why Moscow Says No» en *Foreign Affairs* 1-2/2011, pp. 123-124; Deborah Welch Larson y Alexei Shevchenko: «Status Seekers: Chinese and Russian Responses to US Primacy» en *International Security* vol. 34 Nº 4, 2010, pp. 78-82; Dmitri Trenin: «Rusia rediviva. La reinvención de la política exterior de Moscú» en *Foreign Affairs Latinoamérica* vol. 10 Nº 1, 2010, p. 100; Andrei P. Tsygankov: *Russia´s Foreign Policy. Change and Continuity in National Identity*, Rowman & Littlefield, Lanham, 2010, pp. 13-14; O. Oliker, K. Crane, L.H. Schwartz y C. Yusupov: ob. cit., pp. 87-90.

8. Katja Yafimava: *The Transit Dimension of UE Energy Security: Russian Gas Transit Across Ukraine, Belarus, and Moldova*, Oxford University Press, 2011; Pavel K. Baev: *Russian Energy Policy and Military Power: Putin's Quest for Greatness*, Routledge, 2008; Bernard Gelb: «Russian Natural Gas. Regional Dependence», informe del Congressional Research Service RS22562, Washington, DC, 2007.

encontraron así su respuesta en la aparición de la flota rusa en el Caribe venezolano en noviembre de 2008 y en el intensivo acercamiento ruso-venezolano. Finalmente, vale destacar otro aspecto convergente entre Moscú y Caracas de considerable significado geoestratégico: sus respectivas políticas militares; específicamente, la política rusa de venta indiscriminada de armas por motivos sobre todo económicos[9], así como los planes de rearme a largo plazo de ambos países. La adquisición de armas rusas por parte de Venezuela no debe limitarse a una mera circunstancia de compraventa de equipos militares. Tales adquisiciones involucran de manera necesaria una estrecha cooperación técnica y política entre los dos países[10]. Ciertamente, los estrechos vínculos ruso-venezolanos desde el más alto nivel y en diversos ámbitos no representan una fase pasajera en la política exterior venezolana, sino un instrumento estratégico y de riesgo calculado en favor de una mayor vigencia internacional. No se podría afirmar lo mismo en relación con Rusia, puesto que no necesita en la misma medida a Venezuela para incrementar su influencia geopolítica mundial.

Rusia y Venezuela: divergencias

Venezuela llegó a ser el mayor cliente de armas rusas en el hemisferio occidental; sin embargo, tal cooperación no refleja intereses mutuos, sino que satisface intereses nacionales diferentes: beneficios económico-comerciales para Rusia y una potenciación y modernización tecnológico-militar para Venezuela de incierto efecto regional. Desde que desapareció la URSS en 1991, Rusia fue percibida como una superpotencia derrotada, con una esfera de influencia reducida. Luego de pasar más de dos décadas intentando reinventarse, sobre todo ante Occidente, Rusia está logrando redefinirse en la escena mundial, concretamente a partir de 2000, en coincidencia con la cancelación de las deudas del país con los acreedores occidentales y con el alza en los precios del petróleo.

La nueva política exterior de la «Rusia emergente» y estratégicamente independiente de Occidente se manifiesta en el debilitamiento de su obsesión por lograr una paridad militar y política con EEUU, en una mayor cooperación con la UE en temas gasíferos y en una menor confrontación con EEUU en temas como la reducción de armas nucleares y cuestiones referentes a Irán y otros países de Oriente Medio. El pragmatismo ruso se demuestra en las provechosas relaciones que comenzó a desarrollar con numerosos países de diversas capacidades y de diferentes orientaciones ideológicas, como lo demuestran sus crecientes lazos comerciales con Brasil

9. Jeffrey Mankoff: *Russian Foreign Policy: The Return of Great Power Politics*, Rowman & Littlefield, 2009, p. 214.
10. Víctor M. Mijares: «Guía rápida para analizar las compras militares» en *VenePolicy* Nº 1, 1-3/2011, pp. 43-44, disponible en <http://bit.ly/i5nOqF>.

y Argentina[11]. Más allá de América Latina, la «creatividad social» de Rusia[12] se evidencia igualmente en la persecución de alianzas con países de semejante envergadura como los BRICS, o por proximidad geográfica y cultural, como con la Mancomunidad de Estados Independientes (MEI) y la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTCS) o, como un contrapeso a la OTAN, el acercamiento a la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS).

Así que mientras Rusia quiere mostrar al mundo una cara sonriente y pragmática, la política exterior venezolana refleja pocas sonrisas y menos pragmatismo, al menos en dirección de las potencias occidentales y a menudo con sobredosis de ideologías anacrónicas. Este aspecto constituye la primera divergencia entre Rusia y Venezuela en la concepción e implementación de sus respectivas políticas exteriores. Encontramos así que mientras Caracas sigue rígida en su confrontación con la esfera occidental en general y con EEUU en particular, Moscú mantiene posiciones flexibles y actúa en pro de sus intereses de seguridad y económicos, independientemente de la orientación ideológica o del sistema político de sus socios. El volumen de comercio bilateral ruso-venezolano, incluido el de material bélico, revela que su carácter asimétrico favorece en términos económico-financieros a la empresa rusa exportadora de armas Rosoboroneksport y a otras igualmente involucradas en Venezuela como Gazprom y Rosneft, mientras que Venezuela puede alegar y proyectar la impresión retórica de haberse autoascendido al rango de una importante potencia militar regional capaz de contrabalancear a Brasil.

Para Rusia, la exportación de armas representa una fuente segura y provechosa de ingresos en divisas duras. Ya ocupa el primer lugar en exportación de armamento a los países de América del Sur y Venezuela es su principal cliente regional[13]. Los compradores de armas rusas se distinguen por ser muy diferentes entre sí. Para Rosoboroneksport, la única empresa estatal rusa exportadora mundial de armamentos, existe aparentemente un solo criterio para su gestión, el comercial,

11. W. Alejandro Sanchez: «Russia and Latin America at the Dawn of the Twenty-First Century» en *Journal of Transatlantic Studies* vol. 4 Nº 8, 2010, pp. 368-369 y 372; Sergey Ryabkov: «Russia-US: Time to Make Up for Lost Time» en *International Affairs* (Moscú) vol. 56 Nº 4, 2010, pp. 42-43; Jan Burlyai: «Russia's Latin American Tango» en *International Affairs* vol. 53 Nº 3, 2007, p. 53; Aleksandr I. Sizonenko: «Latin America. A Fixture in Russian Diplomacy» en *International Affairs* vol. 5 Nº 1, 2007, p. 125.

12. Deborah Welch Larson y Alexei Shevchenko: «Status Seekers: Chinese and Russian Responses to US Primacy» en *International Security* vol. 34 Nº 4, 2010, p. 93; Dilip Hiro: *After Empire: The Birth of a Multipolar World*, Nation Books, Nueva York, 2010; e Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado de Investigación sobre la Paz, la Seguridad y la Defensa: *Venezuela y la Revolución Bolivariana*, IUGM / UNED, Madrid, 2009, pp. 109-115.

13. Timothy Bancroft-Hinchey: «Russian Arms Sales Overtake US in Latin America» en *Pravda.ru*, 2/9/2010, <http://english.pravda.ru/russia/economics/09-02-2010/112127-russian_arms_sales-0/>; Henning Schröder: «Medwedew Ante Portas: Konturen der neuen russischen Außenpolitik» en SWP-*Aktuell*, 6/2008, A58.

siempre y cuando ese criterio económico no perjudique la seguridad nacional rusa, y respetando sanciones impuestas por la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

Por fin, podemos identificar otro aspecto divergente en las relaciones Moscú-Caracas, específicamente en el campo mediático. La política comunicacional del Kremlin en cuanto a las cuantiosas visitas del presidente venezolano Chávez ha sido «cuidadosa y proclive a la discreción, evitando efusividad ante los medios de comunicación», lo que contrasta claramente con la tendencia venezolana a magnificar los hechos[14]. El Kremlin se asegura cada vez mayor presencia en prácticamente todo ámbito estratégico en Venezuela, mientras que Miraflores se contenta con incrementar su sofisticado y costoso arsenal militar, además de reforzar su imagen mediática unilateral de confiable aliado de la potencia global poscomunista.

Implicaciones hemisféricas de la alianza ruso-venezolana

Como ya señalamos, estudiosos de la política exterior rusa coinciden en que el Kremlin de Medvédev y del primer ministro Putin ya no se limita a su esfera de actuación dentro de su «Extranjero Cercano», sino que más bien ha extendido la ambición de Rusia de recuperar su estatus de superpotencia global. Por un lado, las fuerzas políticas neoconservadoras de EEUU siguen considerando que América Latina es su «patio trasero»[15] y que cada actuación de potencias extrarregionales, ya sea la UE, Rusia o China, bien puede clasificarse como una inaceptable intromisión en asuntos hemisféricos americanos.

Sea o no un desafío directo a la mermada influencia hegemónica estadounidense en América Latina, la presencia rusa en la región obedece no solamente al considerable estímulo bolivariano, sino también a factores internos de Rusia que moldean su política internacional más allá de su tradicional «Extranjero Cercano». A Rusia le sirve mostrar su bandera y presencia en todos los rincones del planeta, ya sea mediante sus asesores, plantas energéticas, equipos tecnológico-militares o bases, en especial en aquellos países latinocristianos con gobiernos democráticamente elegidos. Así, Moscú aspira a proyectar la imagen global, política y moralmente intachable de una Rusia euroasiática moderna y democrática.

14. Iván Witker Barra: «Actores extrarregionales en escenarios complejos: Rusia como nuevo actor hemisférico» en *Security and Defense Studies Review*, invierno de 2008, p. 10, disponible en <www.ndu.edu/chds/SRC-Colombia09/Papers/Witker%20CHILE.pdf>, fecha de consulta: 14/4/2011.
15. Peter H. Smith: *Talons of the Eagle: Latin America, the United States, and the World*, Oxford University Press, Nueva York, 2008, pp. 360 y 368; Greg Grandin: *Empire's Workshop: Latin America, the United States, and the Rise of the New Imperialism*, Owl, Nueva York, 2006, pp. 1-9; Alan L. McPherson: *Intimate Ties, Bitter Struggles: The United States and Latin America since 1945*, Potomac Books, Dulles, 2006, pp. 1-14.

Sin embargo, la rivalidad rusa con EEUU en el continente americano (trilateral si consideramos a China) no significa ni crisis ni mucho menos un conflicto ruso-estadounidense. Más bien, la política del presidente Barack Obama de «resetear» las relaciones con Rusia ha contribuido significativamente a convencer a las elites de Moscú de que la ambición asumida con vigor por el gobierno neoconservador de George W. Bush de presionar y cercar nuevamente a Rusia ya no tiene vigencia en la era de Obama[16]. Más aún, la relativa y en comparación escasa atención prestada por el gobierno de Obama a temas latinoamericanos justifica plenamente asumir que América Latina ya no es un «patio» ni delantero ni trasero reservado con exclusividad para EEUU. Ni la cruenta narcoguerra desatada en México y Centroamérica ha logrado que EEUU coloque a América Latina por encima de su recesión económica, la guerra en Iraq y Afganistán, el conflicto palestino-israelí, las revueltas árabes y las todavía vigentes consecuencias de las revelaciones de Wikileaks.

En este contexto, el factor iraní y su conexión nuclear con Rusia no pueden pasarse por alto, en especial por la posibilidad de su triangulación con Venezuela. Así que Gazprom, Rosneft, Rosoboroneksport, entre otras firmas, sobresalen como actores internacionales a la búsqueda de optimizar las ganancias del Estado ruso[17], independientemente de si se trata de vender gas natural a Europa, una planta nuclear a Irán o tecnología nuclear a Venezuela y a otras naciones latinoamericanas. La presencia del «poder suave» ruso en su variante económico-financiera y tecnomilitar en la región andina y, más allá de esta, en América Latina, no es una implicación directa de la alianza ruso-venezolana, sino un resultado de la reemergencia de Rusia en la escena mundial.

La irrupción rusa en la escena continental americana desde el comienzo del siglo XXI tiene varias «parteras», pero podemos nombrar principalmente dos: primero, la recuperada autoestima rusa y los deseos de renacimiento expresados por Putin; y segundo, el vacío regional dejado por EEUU. Tal debilitamiento de la influencia estadounidense en el hemisferio occidental, acelerado y profundizado por la globalización y la creciente injerencia económica de China en América Latina,

16. Stephen Blank: «Beyond the Reset Policy: Current Dilemmas of US-Russia Relations» en *Comparative Strategy* vol. 29 Nº 4, 2010, pp. 333-367; Sergey Ryabkov: ob. cit., pp. 40-42.
17. Entrevista a Klaus Segbers en la Universidad Libre de Berlín, 26 de mayo de 2011; entrevista a Nikolai Dobronravin, Universidad de San Petersburgo, 21/6/2011; Peter Duncan: «'Oligarchs', Business and Russian Foreign Policy: From El'tsin to Putin», documento de trabajo Nº 83, Centre for the Study of Economic and Social Change in Europe, School of Slavonic and East European Studies, University College, Londres, 2007, disponible en <www.ssees.ucl.ac.uk/publications/working_papers/wp83.pdf>, fecha de consulta: 15/4/2011; Andreas Wenger, Jeronim Perovic y Robert W. Orttung (eds.): *Russian Business Power: The Role of Russian Business in Foreign and Security Policy*, Routledge, Nueva York, 2006, pp. 125-130 y 168-169.

bien puede convertirse en un factor permanente en la región.

Rusia busca reforzar su peso global mediante una estrecha cooperación con el bloque cada vez más relevante de los BRICS, lo que contribuiría, desde la perspectiva del Kremlin, a una mayor multipolaridad en el escenario internacional. Observamos además que Moscú mantiene lazos con China por razones ideológicas más allá de la cooperación energética, ya que China es un «socio antihegemónico» por excelencia para contrabalancear el peso mundial de EEUU, al igual que países de similar orientación, como Venezuela, Cuba, Siria, Libia y Corea del Norte[18]. Por su parte, las alianzas que Caracas ha podido sostener hasta la fecha en el ámbito latinoamericano han sido de naturaleza principalmente ideológica y retórica, como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), lo que atestigua la incapacidad del gobierno bolivariano de institucionalizar e instrumentar eficazmente tales alianzas regionales con una visión de mediano y largo plazo.

Conclusiones

Desde la perspectiva latinoamericana, interesa invocar brevemente en este contexto la Doctrina Monroe. Sabemos que esta, tal como fue formulada en 1823, ya no se aplica desde la Guerra de Malvinas de 1982 y que tampoco parece tener futuro en ningún sitio al sur del Río Grande. Ahora bien, esté o no esa doctrina «en coma», «desactivada», «en mantenimiento» o formalmente enterrada, tiene tan solo relevancia para este trabajo en el sentido de que interesaría saber qué fuerzas continentales podrían hacerle frente efectivamente a la globalización económica y política que afecta a América Latina, y en particular, a la creciente influencia de China, la UE y Rusia en la región.

La gama de escenarios, sucesos y condiciones, teóricamente probables y hasta posibles, que a continuación presentamos, contribuiría a potenciar la presencia rusa en términos cualitativos en el hemisferio occidental en general y en Venezuela en particular, en función de los impredecibles altibajos de la política de «reseteo» de Washington y, por ende, como respuesta rusa a actuaciones estadounidenses globales desfavorables al Kremlin:

a) la reactivación por parte de la OTAN (por presiones estadounidenses) del plan de radicar el sistema antimisilístico norteamericano en Polonia y en la República Checa;
b) la decisión por parte de la OTAN (por presiones estadounidenses) de situar misiles interceptores en Rumania como parte del nuevo escudo antimisilístico norteamericano;

18. Thomas Ambrosio: *Challenging America's Global Preeminence: Russia's Quest for Multipolarity*, Ashgate, Aldershot, 2005, p. 95.

c) la decisión de la OTAN (por presiones estadounidenses) de invitar a Georgia y a Ucrania a formar parte de la organización;
d) la decisión de EEUU de incrementar su presencia militar en el «Extranjero Cercano» de Rusia, en especial en Asia central;
e) la decisión de Ucrania (por presiones de EEUU) de abrogar o amenazar con abrogar el permiso a Rusia para que su flota del Mar Negro utilice la base naval de Sebastopol;
f) el aumento de las presiones estadounidenses para debilitar el reclamo ruso en pos de la exploración y el tráfico marítimo en la zona ártica;
g) las actuaciones estadounidenses en Europa para debilitar el cuasimonopolio ruso sobre los suministros del gas natural a Europa y a China.

Habiendo superado el invernadero de una década y encaminado su aparentemente irreversible resurgimiento global, Rusia utiliza la alianza ruso-venezolana, incluso en su forma de asimetría estructural, como un instrumento para balancear las relaciones entre el Kremlin y la Casa Blanca, como un mecanismo de presión y de negociación con EEUU. La preocupación de la Cámara Baja del Congreso estadounidense por la posible construcción de bases misilísticas iraníes en Venezuela o por las supuestas actividades de las milicias del partido chiíta libanés Hezbollah en la nación bolivariana como amenazas a EEUU bien pueden ser esgrimida por Rusia para ofrecerse como mediador y factor mitigador de las ambiciones geopolíticas mundiales tanto del gobierno de Chávez como de los mulás iraníes, por cierto más allá de su respectivo y real poder económico o militar regional.

Podemos anticipar que toda actuación rusa en América Latina, específicamente en el Caribe y en la región andina, sea o no iniciada o coordinada con Venezuela, ostenta tres niveles:

a) proporcionalmente ligada a actuaciones estadounidenses;
b) de interés netamente económico-comercial para Rusia;
c) o de interés principalmente geopolítico y geoestratégico para Rusia, pero con vertientes sobre todo económicas.

El primer nivel se desarrollará como reacción a actuaciones estadounidenses en el «Extranjero Cercano» ruso, percibidas por los líderes del Kremlin como provocaciones contra Moscú y atentatorias contra su seguridad nacional y sus intereses estratégicos regionales y globales. En el segundo nivel se trata de intereses netamente económico-comerciales que mueven actuaciones rusas en el hemisferio occidental, mientras que en el tercer nivel se ubican aquellas actuaciones que sirven al interés ruso de mejorar su posición global, sea o no mediante el bloque BRICS o alianzas bilaterales con países latinoamericanos, como en el caso de Venezuela.